

EL PODER CARISMÁTICO EN FRANCIA

En las elecciones legislativas de 1962 la mayoría de los electores, al votar por uno u otro candidato, se pronunció, en realidad, por o contra el general De Gaulle. Los sondeos de opinión no dejan ninguna duda a este respecto. Los mismos candidatos, al presentarse, daban la impresión de aspirar menos a un mandato parlamentario que a una delegación para una convención de estilo americano encargada de elegir al Presidente de la República. En efecto, de un modo o de otro, casi todos los candidatos habían definido su posición respecto al jefe del Estado. En sus *professions de foi*, más de los tres cuartos, sin distinción de filiación, mencionan su nombre. Otros, sin citarlo nominalmente, aluden a él con toda claridad. Los pocos que lo silencian se reservan por prudencia. Así, puede decirse que el general De Gaulle estuvo omnipresente. Dominó la campaña electoral. Todo sucedió como si se tratara no de elecciones legislativas, sino presidenciales, desempeñando de algún modo los candidatos a la diputación el papel de grandes electores.

El alcance de estas elecciones y del referéndum iba mucho más lejos. En realidad, asistíamos a un fenómeno carismático (1). Se daban para ello todas las condiciones. En primer lugar, la presencia de un jefe persuadido de encarnar la legitimidad nacional, de encarnar los destinos de Francia, de tener una misión que cumplir; sus discípulos estaban dispuestos a seguirlo contra viento y marea; en el país, su considerable prestigio desbordaba las divisiones

(1) La noción de poder carismático ha sido definida por MAX WEBER. Ver en su obra fundamental, *Wirtschaft und Gesellschaft*, las secciones sobre «La autoridad carismática», «La secularización del carisma» y «La evolución del carisma en un sentido antiautoritario». (Traducción americana por A. M. HENDERSON y TALCOTT PARSONS: MAX WEBER: *The Theory of Social and Economic Organization*, New York, The Free Press, 1947.) Sobre el papel del jefe carismático en régimen democrático y la legitimación de su poder se puede consultar REINHARD BENDIX: *Max Weber, an intellectual portrait*, New York, Dooble Day and Co, 1962.

Una bibliografía de estudios recientes sobre el fenómeno carismático se encuentra en el artículo de WILLIAM H. FRIEDLAND: «For a Sociological Concept of Charisma», en *Social Forces*, vol. 43, octubre 1964; págs. 18-19.

tradicionales. Frente a él, instituciones impotentes o ineficaces, partidos empuñados o desacreditados, adversarios profundamente divididos (2), muchos hombres comprometidos, una oposición sin cabeza indiscutida (3). Como telón de fondo, el espectro de una guerra civil, alimentada por una sucesión de *putschs*, barricadas, atentados. La prosperidad económica atenuaba, sin embargo, los conflictos de clase, favoreciendo de algún modo el agrupamiento en torno de un hombre que no se identificaba con ninguna y que, contra la opinión del personal político tradicional, quería confiar al pueblo la elección del Jefe del Estado, reforma considerada democrática (4) y deseada desde hacía mucho (5) por la mayoría de los ciudadanos. En una palabra, a los ojos de una gran parte de la masa una sola alternativa se ofrecía: el guía o el caos.

En un estudio sobre el carisma gaullista merecerían desarrollarse todos esos puntos y muchos otros. Nuestro propósito será muy modesto. Nos ocuparemos de un solo aspecto: la imagen que el personal político parecía tener del jefe carismático, sobre todo los candidatos y los elegidos, particularmente los del U. N. R. Igualmente, al proceder a un análisis de contenido de las *professions de foi* (6) dejaremos, en la medida de lo posible, la palabra a los actores.

(2) En 1962 la oposición se presenta en orden disperso: más de 1.700 candidatos (sobre un total de 2.172); a una media de 4 por escaño, de forma que sólo el 21 por 100 de los mandatos se proveyó en la primera vuelta. Por el contrario, en 1877 los adversarios del mariscal Mac Mahon practicaron «la disciplina republicana»: ninguno de los 336 diputados que votó la moción de desconfianza respecto del Gobierno encontró a otro competidor republicano en su circunscripción. Al candidato oficial se le opuso solamente una candidatura única, de modo que 98 por 100 de los escaños fueron cubiertos desde la primera vuelta.

(3) Ningún Gambetta se perfilaba en el horizonte.

(4) Cfr. «Sondages», *Revue Française de l'Opinion Publique*, 1963, II, pág. 86. y 1964, III, pág. 13.

(5) En efecto, según una encuesta del Instituto Francés de la Opinión Pública, en los días siguientes a la Liberación la mayor parte de las personas interrogadas se mostraba favorable a la elección del Presidente de la República por sufragio universal. Confróntese «Sondages», *Revue Française de l'Opinion Publique*, 1.º diciembre de 1945.

(6) Las *professions de foi* son circulares que dirigen los candidatos a cada elector y electora de su circunscripción. Para asegurar a los candidatos en presencia la igualdad de medios frente a la campaña electoral, el Estado corre con los gastos de papel, impresión y distribución de esas *professions de foi*. Cada candidato tiene derecho a dos circulares. Así, en vísperas de las elecciones legislativas de 18 y 25 de noviembre de 1962, fueron difundidas por los 2.172 candidatos, en las 456 circunscripciones de la Francia metropolitana, más de doscientos cincuenta millones de circulares. Estas elecciones legislativas fueron precedidas, el 28 de octubre de 1962, de un referéndum acerca de la elección del Presidente de la República por sufragio universal.

Eran muy variados los que evolucionaban en torno del personaje central: hombres notorios o casi desconocidos; viejos *routiers* y recién llegados; antiguos compañeros y nueva ola: oponentes y adeptos; tradicionalistas y renovadores; sostenedores de las instituciones o discípulos de un salvador, cada cual jugó su papel según las reglas del juego.

No fueron los más notorios los más aplaudidos. El fracaso electoral de buen número de notabilidades permite apreciar la amplitud del fenómeno carismático.

LOS GRANDES VENCIDOS

«En Francia, jamás un Presidente de la República ha suscitado tanto entusiasmo.»

A. MALRAUX (7)

Las elecciones de 1958 se señalaron por la desastrosa suerte que corrieron los diputados salientes: 344 derrotados (más 62 que no se habían vuelto a presentar). Las de 1962 ocasionaron menos víctimas: 184 salientes derrotados (y otros 27 que no solicitaron la renovación de su mandato). Sin entrar en las diversas razones, se puede advertir que en 1962 el cuerpo electoral apenas era hostil *a priori* a los diputados salientes. Como prueba puede servir una encuesta del I. F. O. P. A la pregunta de si preferían votar por un antiguo parlamentario o por un hombre nuevo, la mayoría de los interrogados no mostró ninguna preferencia. Dentro de la minoría, los partidarios de los «antiguos» eran más numerosos: 27 por 100 contra 12 por 100. Por otra parte, se contestaba sobre todo que «era mejor para el sector socio-económico estar representado por un hombre político conocido» (8-9).

Sin embargo, las elecciones de 1962 tuvieron como efecto —operación iniciada en 1958— eliminar de la escena política o, en todo caso, de la Asamblea Nacional, a un número impresionante de personalidades de la IV República. La Asamblea actual por relación a sus antecesoras ha sido singularmente depurada.

Exceptuando los dos gobiernos De Gaulle, uno de los cuales la inauguró

(7) Discurso televisado del 30 de octubre de 1962.

(8-9) Cfr. diversas encuestas de opinión efectuadas en Estados Unidos, en Gran Bretaña, Alemania, Japón, Italia, etc.

y el otro la clausuró, la IV República vió sucederse 17 Presidentes del Consejo, a la cabeza de 23 gobiernos. De entre ellos solamente cuatro han sido llamados a sentarse en la nueva Cámara, M. Pleven, Guy Mollet, Felix Gaillard y Pflimlin. Incluso sería necesario hacer notar que su reelección no fué fácil en todos los casos. Ciertamente M. Pleven, que votó la moción de censura al gobierno y tomó posición en favor del «no» en el referéndum, pasó ya en la primera vuelta. Pero sólo tenía contra él un adversario, un comunista, al considerar los demás partidos que su posición personal en las costas del Norte era muy fuerte. Tal vez ahí la U. N. R. calculó mal: M. Paul Reynaud, en el Norte, M. Frederic Dupont, en París —por no citar más que dos ejemplos—, pasaban igualmente por detentar posiciones inexpugnables; sin embargo, fueron vencidos por competidores grises, pero favorecidos por su etiqueta U. N. R. ¿Qué hubiera sido de M. Pleven enfrentado a un gaullista? Pero en el Elíseo no se deseaba, sin duda, su fracaso, ya que no manifestaba una oposición sistemática al nuevo régimen.

M. Guy Mollet debió exclusivamente a los votos comunistas, de los que se había presentado tan a menudo como enemigo irreductible, no perder su escaño por Arras. En la primera vuelta obtuvo menos votos que un gaullista reciente, nuevo en la política del departamento. En compensación, MM. Gaillard y Pflimlin, los dos últimos jefes de gobierno de la IV República, triunfaron fácilmente sobre sus adversarios U. N. R.

Pese a haber cambiado de circunscripción en el Eure, M. Mendes France, uno de los hombres políticos franceses más conocidos en el extranjero (10), no pudo reconquistar un escaño. M. André Marie, arraigado de mucho tiempo atrás en su feudo del Sena Marítimo, llegaba desde la primera vuelta en segunda posición, detrás de un U. N. R. *parachuté* de París: el general Cherasse, que iba a vencerlo fácilmente en la segunda vuelta ante la general sorpresa.

Vencidos en 1958, MM. Edgar Faure, Laniel y Bourgès-Maunoury, no se atrevieron a afrontar de nuevo el sufragio universal. Por lo demás, M. Edgar Faure, embajador volante, se confesó satisfecho con su suerte de senador en espera de mejores tiempos. M. René Mayer renunció, más o menos voluntariamente, a la política para consagrarse a las instituciones europeas. M. Pinay, que, según se dijo, se reservaba para otras tareas, no volvió a presentarse.

M. Robert Schuman, como había hecho antes M. Queuille, prefirió, en razón de su edad y de su estado de salud, retirarse de la política después de

(10) M. Debré fué elegido diputado de la Reunión en mayo de 1963.

cuarenta y tres años de mandato parlamentario. Blum y Ramadier habían muerto: el primero «rodeado del respeto de la burguesía»; el segundo, tras su fracaso en las elecciones de 1958. M. Felix Gouin no remontó la pendiente desde el «escándalo de los vinos». M. Bidault, antiguo Presidente del Consejo Nacional de la Resistencia, reemprendió la lucha clandestina.

Tras el fallecimiento de Edouard Herriot, la Asamblea Nacional tuvo otros dos Presidentes. Los dos perdieron sus escaños de diputados en 1958: M. Schmitter «sin historia»; M. Le Troquer tras «el escándalo de los ballets rosas».

Los jefes de los partidos y grupos parlamentarios nos llevan a otra de las avenidas de este cementerio político que, puede decirse, se vieron enriquecidas con importantes víctimas en las últimas elecciones. M. Bertrand Motte, líder de los independientes, no obtuvo más que 6.000 votos; MM. Dorey y Simonnet, Presidente del grupo parlamentario y Secretario general del M. R. P., respectivamente, fueron vencidos por candidatos U. N. R.; M. Francis Leenhardt, Presidente del grupo socialista, fué eliminado. Lo mismo sucedió a M. Depreux, Secretario general del Partido Socialista Unificado, y a M. J. P. David, Presidente del Partido Liberal Europeo; M. Poujade fué aplastado en el departamento del Maine y Loira con un número de votos inferior a la mitad del que le valió su derrota de 1958. El sufragio universal no fué favorable al hombre que, invitando a los franceses a «echar a los salientes», hizo elegir a más de 50 de los suyos para la Asamblea Nacional de 1956, sin conseguir nunca entrar en ella.

¿Qué ha sido de los numerosos ministros de la IV República? De los 29 ministros del Gobierno Pinay, que fué uno de los más destacados y que descansaba sobre el centro-derecha (independientes, republicanos populares y radicales), sólo cinco están presentes en la nueva Cámara. MM. Pleven, Pflimlin, Gaillard, Marcellin y Maurice Schuman. Hombres que antes ocupaban el proscenio empiezan a ensombrecer en el olvido. El Gobierno Guy Mollet, el de más largo reinado bajo la IV República, comprendía, la primera vez que se presentó ante la Asamblea Nacional, 36 miembros: dos tercios han dejado ya de ser diputados.

En resumidas cuentas, en el Palais Bourbon sólo subsisten, aparte el U. N. R., 37 antiguos ministros de la IV República. Antes había tres veces más. Algu- nos, desde luego, se han refugiado en el Senado.

Desposeídos en su mayoría «esos príncipes que nos gobernaban», hubiera podido proclamar M. Michel Debre si sus propios electores, tras apretada lucha, no le hubieran postpuesto a un monitor de auto-escuela. Al hacer esa elección los electores parecen haberse preocupado muy poco —pero esta vez

en detrimento de la U. N. R.— del valor personal o de la notoriedad del hombre encargado de representarles en el Parlamento (11).

¿Cómo olvidar que en las elecciones de 1958 un anuncio distribuido por millones de ejemplares en toda Francia presentaba la U. N. R. bajo el patronato de tres grandes hombres: MM. Debré, Michelet y Soustelle? El primero conoció un resonante fracaso; el segundo no está ya en escena; el tercero se ha convertido en un *comploteur* refugiado en el extranjero.

En suma, pocos líderes en la nueva Cámara. Algunos tal vez se alegren. Otros sienten no haber sido arrastrados por la marea de fondo que barrió a sus colegas. M. Pinay declaró en una conferencia de prensa: «Deseo la elección de los jefes de partidos, porque son hombres de experiencia y de talla formados en las dificultades del poder y cuya presencia será útil, indispensable, en el nuevo Parlamento, donde su influencia podrá jugar en favor de una obra legislativa valedera realizada en un clima de comedimiento y de unión.» Y M. Guy Mollet comentaba en estos términos la derrota de M. Bertrand Motte: «Es una injusticia del cuerpo electoral. Como en el caso de Paul Reynaud. Yo no me he pasado a los independientes. Ni mucho menos. Pero he ahí dos hombres políticos sancionados por haber hecho prevalecer cuestiones de principio sobre su personal interés electoral. Cuando el electorado comete una falta así, es grave.»

Entre los diputados de la Asamblea actual, 166 son nuevos y 151 debutaron con la V República. Sólo quedan, pues, en el Palais Bourbon 148 antiguos de la IV República, o sea menos de un tercio. La venerable institución cambia de piel. ¿Quiénes son los nuevos?

LA ETIQUETA DEL GENERAL

«Han sido elegidos bajo mi sombra.»

GENERAL DE GAULLE

La admiración por la U. N. R. fué fatal a numerosos diputados que parecían imbatibles por haber «cultivado» su circunscripción, o por haberse dado a conocer en la escena política muchos años atrás.

El caso más chocante de esas singulares desgracias es el de M. Frederic Dupont, uno de los elegidos más notorios de la capital desde 1936. Proclamaba

(11) Cfr. *L'Express* de 22 de noviembre de 1962.

en su *profession de foi*: «La Asamblea Nacional corre el riesgo de convertirse en una reunión de robots.»

La renovación de la cámara en 1962

| FRANCIA METROPOLITANA | DIPUTADOS SALIENTES | | Antiguos diputados sa- lientes o antiguos senadores bajo la IV República..... | NUEVOS PARLAMENTARIOS | | Total en 1962..... | Efectivo en 1958..... | Diferencia..... |
|--------------------------|---|--|--|--|---|--------------------|-----------------------|-----------------|
| | Elegidos ya bajo la IV Repú- blica..... | Elegidos por 1. ^a vez en 1958... | | Detentadores de funciones polí- ticas bajo la IV República. | Hombres nuevos bajo la V Re- pública..... | | | |
| P. C..... | 9 | 12 | 14 | 16 | — | 41 | 10 | + 31 |
| S. F. I. y P. S. U..... | 17 | 13 | 12 | 24 | 1 | 64 | 44 | + 23 |
| Rad..... | 15 | 8 | 6 | 13 | — | 42 | 23 | + 19 |
| M. R. P..... | 16 | 11 | 3 | 4 | 2 | 36 | 57 | — 21 |
| Moderados Indep..... | 20 | 21 | — | 6 | 3 | 50 | 133 | — 83 |
| U. N. R..... | 25 | 96 | 10 | 46 | 51 | 229 | 198 | + 31 |
| TOTAL..... | 103 | 151 | 45 | 109 | 57 | 465 | 465 | — |

Los diputados que dimitieron de su mandato por haber sido nombrados ministros no aparecen en este cuadro sustituidos por sus suplentes.

La mayor parte de los nuevos diputados y de los elegidos por vez primera en 1958 detentaron funciones políticas a nivel local bajo la IV República (consejeros generales, alcaldes, miembros de los comités departamentales de los partidos, etc.).

En las elecciones de 1951 fueron elegidos 107 diputados gaullistas; solamente 22 de ellos están también en la Asamblea elegida en 1952. Fué derrotado por M. Jacques Mer, cuyo título de redactor jefe de la *Revue Politique Moderne* no era suficiente, desde luego, para atraer la atención de los electores. Este candidato hacía su primera aparición en la política activa. Todos sus amigos le compadecían por esta mala suerte que no le dejaba *a priori* ninguna posibilidad frente a Frederic Dupont. Pero llevado por el nombre del general De Gaulle triunfó desde la primera vuelta.

M. Taittinger, Presidente del Consejo Municipal de París, hombre dinámico, perteneciente a una familia de parlamentarios, era considerado por todo el mundo un futuro líder de la derecha en la nueva Cámara. Había trabajado mucho por la capital y devuelto a las funciones de «alcalde» un cierto brillo.

Frente a él se presentó un recién llegado a la política provisto de la etiqueta U. N. R., que triunfó.

M. Legaret, consejero municipal de París desde 1951, hombre muy conocido, que había derrotado en 1958 a un rival U. N. R. de célebre nombre (M. Ph. Berrès), debió eclipsarse en esta ocasión ante un abogado al que los augurios concedían escasas posibilidades. El doctor Debray, uno de los diputados de París que mejor había trabajado por su circunscripción, especialmente en el plano social, tuvo que ceder el sitio a una mujer, «único candidato del general De Gaulle». En París, la U. N. R. se llevó todos los escaños sin excepción. En provincias la marca del general proporcionó a sus beneficiarios éxitos igualmente inesperados. Fueron los más espectaculares los de los *parachutés* llevados por decisión del partido o por propia elección a regiones en las que eran desconocidos, con las que no tenían ningún vínculo, y en las que, sin embargo, encontraron el favor popular.

El más ilustre de los *parachutés* fué M. Clostermann, antiguo aviador. A cada nueva legislatura probaba suerte en una nueva circunscripción, sin duda a fin de que sus electores no le reprochasen el escaso celo mostrado en el Parlamento por las cosas locales. M. Clostermann, en efecto, es un campeón del absentismo parlamentario; sus apariciones por el Palais Bourbon han sido bastante raras. En 1958 esta enojosa reputación le costó su primer fracaso en París. En 1962 volvió a presentarse contra el alcalde de Versailles, administrador prestigioso y apreciado que había conseguido establecer en torno a su nombre el acuerdo de la coalición de los «no». Ahora bien, convertido en U. N. R., M. Clostermann salió vencedor. Se puede dudar de que fuese únicamente su promesa de permanecer en adelante fiel a su nueva circunscripción lo que motivara su triunfo.

En los Alpes Marítimos, M. Dioméde Catroux, sin vinculaciones locales, triunfó sobre el hijo de M. Medecin, alcalde de Niza. M. Medecin, sin embargo, está apoyado por un aparato político bien preparado y controlado desde hacía cuarenta años por su padre. En Marsella, M. Ives Le Tac —contra el que la OAS había perpetrado un atentado— se enfrentaba contra M. Fraissinet, director de una compañía de navegación, director del periódico *Le Meridional*. Prototipo del *parachuté*, sin ningún apoyo de la prensa local, M. Le Tac se distanció de su rival en la primera vuelta. Sólo una coalición de frente popular impidió su éxito definitivo; fué derrotado por un socialista. Pero M. Fraissinet declaró tras la primera vuelta del escrutinio: «Debo decir que estoy estupefacto. Yo, que soy el hombre más conocido de Marsella, he visto a un desconocido con más votos que yo.» En el departamento del Ródano, tres *parachutés* derrotaron a los diputados salientes. El *chutage* operó, pues, en

favor de los candidatos U. N. R. Por el contrario, entre los oponentes, fracasó siempre. Comenzando por varios ministros de la IV República.

Pero veamos otros signos de la sorprendente influencia de la etiqueta gaullista. Todos los tráfugas de la U. N. R. fueron derrotados. Fueron casi 30 los que conocieron esta suerte, siendo los más conocidos M. Léon Delbecque, diputado saliente del Norte, gran artífice del 13 de mayo, y M. Dronne, antiguo seguidor del general. Compañero de la Liberación que contó su participación en las jornadas de mayo del 58 en *La Revolution d'Alger*. Los tráfugas pagaron con su escaño el hecho de haber cambiado de campo. Sólo uno sobrevivió, el alcalde de Cannes, que debe su salvación, sin duda, a la importancia de ciertas realizaciones en su ciudad.

La misma hostilidad del elector se manifestó respecto de los diputados llamados de extrema derecha o de los partidarios de la «Argelia francesa» que habrían criticado, a menudo con violencia, las posiciones del general en la cuestión argelina. La misma observación cabe respecto de los diputados que votaron «la enmienda Salan». Eran 80. Se presentaron de nuevo unos cincuenta. Solamente seis fueron elegidos. Estos supervivientes parecen no haber sido nunca extremistas y haber votado el texto por una reducción de servicio militar más bien que por simpatía para con la OAS.

Un antiguo de la IV República, incluso ministro, puede derrotar a un hombre nuevo de la V República si enarbola los colores de la U. N. R. denunciando «la alianza mórbida de los partidos movidos por el instinto de conservación». El caído, su víctima, líder de los independientes, lo describe así: «Es una verdadera imagen de Epinal de los vicios de la IV República: la facilidad, la pereza y los honores. Edgar Faure lo encontraba tendido en su puerta en cada crisis ministerial» (12).

Se puede ser un septuagenario con la salud destruída, antiguo diputado, antiguo senador, en una palabra, todo lo contrario de un hombre nuevo: basta con declararse adepto del general De Gaulle para derrotar a Paul Reynaud, que al día siguiente de su derrota la comentó en estos términos: «Vino un hombre de fuera (de la circunscripción), amigo del Presidente de la República. En su declaración electoral manifestó: "Vengo del Elíseo." Cuidándose de no aparecer en público, mi adversario procedió mediante insinuaciones en conversaciones privadas... Concluía que era necesario elegir entre De Gaulle y Paul Reynaud» (13).

Tal era para muchos electores el verdadero sentido de la elección: entre el Jefe del Estado y sus adversarios.

(12) Cfr. *Le Monde* del 20 de noviembre de 1962.

(13) Conferencia de prensa del 14 de enero de 1963.

LA DESPERSONALIZACIÓN DE LAS CANDIDATURAS

«Toda acción exige una cabeza, y como esta cabeza es una persona conviene que ésta reciba la expresión personal de la confianza de todos los interesados» (14).

GENERAL DE GAULLE

Si se diesen a leer a un elector medio las 2.110 proclamas electorales ocultando el nombre del candidato y el de su partido, identificaría sin dificultad a los comunistas y a los gaullistas, pero tal vez se encontrase en un aprieto para distinguir entre los demás a los moderados, radicales, republicanos, populares y socialistas.

Muchas proclamas electorales gaullistas contenían párrafos idénticos, calcados, a todas luces, de un modelo proporcionado a los candidatos por las instancias superiores de la U. N. R. Se leía por ejemplo: «Los partidos condujeron la República... al desastre de Dien-Bien-Phu en 1957.» Este error relativo a la fecha fué reproducido en los cuatro puntos cardinales de Francia por una cincuentena de imprentas. Detalle que muestra que el modelo se copió mecánicamente.

Los candidatos de la U. N. R. se presentaban como los candidatos del «sí». «Confirme su sí», era el gran tema de su propaganda. El mismo general De Gaulle fué el inspirador: «Que podáis confirmar por la designación de los hombres la elección que hicisteis en cuanto a vuestro destino al votar sí.» Todas las proclamas U. N. R. se hacían eco de ello. Hasta tal punto que la primera vuelta de las elecciones legislativas pareció una segunda vuelta: «Doy las gracias a los electores que han respondido sí al referéndum.» «Os pedí que votaseis sí; lo habéis hecho por una aplastante mayoría que debe volver a encontrarse el domingo en torno a mi no.» «Sed consecuentes con vosotros mismos; votad por el único candidato de los sí; no os dejéis robar las ventajas de vuestro sí.» «Votad por el candidato que ha dado siempre pruebas de su fidelidad... y que ha sido claramente designado por el general De Gaulle en su última alocución cuando dijo...» (sigue un extracto del discurso televisado del 7 de noviembre de 1962). Este candidato se apropiaba así, como si se tratase de una investidura personal, de una declaración general llamando a los que habían votado sí a que eligieran candidatos del «sí». De este modo se presentaban como candidatos de la U. N. R.

(14) MAX WEBER: *Le savant et le politique*, traducción de J. FREUND, Plon, 1959; página 156.

Es más. Con frecuencia se solicitaban los sufragios no para sí mismo, sino para el general De Gaulle: «Vote por el único candidato del general De Gaulle» (Sena); «Como representante del general De Gaulle...» (Lozère); «Esta elección es importante en primer lugar para el general De Gaulle...» (Charente); «No olvidéis que concedéis vuestros votos al general De Gaulle al votar por L. T. ...» (Alpes Marítimos). Numerosas declaraciones terminan con un «Viva De Gaulle».

Tras haber solicitado los sufragios en nombre del general, los candidatos reconocen en la segunda vuelta que los recogidos en la primera no los habían obtenido a título personal: «Yo sé que a través de mí vuestros votos se dirigen al general De Gaulle» (Lozère); «En nombre del general De Gaulle, doy las gracias a los electores...» (Norte); «Viva y calurosamente doy las gracias a los electores que han expresado sobre mi modesta persona su afecto al Presidente de la República» (Bocas del Ródano); «Agradezco desde el fondo de mi corazón a los que han confirmado sobre mi nombre el sí masivo del referéndum... Remataréis este esplendoroso éxito al domingo próximo» (Sena); «Yo sé, y no estoy celoso por ello, sino todo lo contrario, que vuestra confianza se dirige en primer lugar y sobre todo a De Gaulle» (Bocas del Ródano). Incluso personalidades de primera línea se consideraban como simples intermediarios, como en el caso de M. Schmittlein, antiguo ministro: «Sé que por encima de mí estos sufragios van a parar al hombre del 18 de junio, al jefe prestigioso del Estado, que gobierna con mano firme y segura el timón del Estado.» El mismo cuñado del general reconocía tras su victoria en Calais: «Considero mi éxito personal como un éxito del general De Gaulle» (*Le Figaro* de 19 de noviembre de 1962). «El general De Gaulle acaba de obtener una inmensa victoria en la gran mayoría de las circunscripciones» (Marne). Es el «jefe moral de la U. N. R.» (Sena).

Otro signo de despersonalización: las referencias al candidato, a su pasado, a su carrera, a su personalidad propia, aparecen en muchas proclamas electorales U. N. R. relegadas a un segundo plano, excepto cuando se trata de subrayar la fidelidad al general De Gaulle. En ocasiones se prefiere reservar una página entera a una cita y una foto del Presidente de la República. Precisamente en las hojas de propaganda gaullista es donde menos fotografías se encuentran de los mismos candidatos.

Se presenta en ellas un balance de los primeros años de la V República, y no una rendición de cuentas del mandato como ha venido exigiendo la tradición. Encontramos en ello una compensación a la despersonalización. Por una parte, el candidato se borra hasta el punto de convertirse en un simple recolector de votos para el general De Gaulle; por otro lado, se atribuye, en alguna medida, el mérito de las realizaciones más espectaculares. Hace suyo el

balance de la V República a veces con discreción, a veces sin modestia: «He respetado los compromisos que había aceptado: la paz en Argelia, la recuperación del Estado, el saneamiento de las finanzas...» Como todo balance político, el de las realizaciones de la V República no escapa a una cierta demagogia, de un efecto a veces desternillante. Así un candidato declaró sin pestañear «que en tres años se han votado más leyes agrarias que durante los últimos cincuenta».

Ni rendición de cuentas del mandato, ni programa. Por supuesto, los candidatos U. N. R. hacen proposiciones concretas, pero de ese modo en lugar de establecer un programa presentan una lista pura y simple de «lo que queda por hacer». Sobre todo nada de doctrina; es la panacea de los viejos partidos: «No os expongo aquí una doctrina política, sino un programa de acción.» A menudo también el candidato U. N. R., como el comunista, se contenta con invocar el programa del partido. «Mi programa es el de la U. N. R.» O bien arregla la cuestión mediante una invocación al Plan: «El V Plan resume el conjunto de nuestro programa gaullista»; «Nuestro programa: apoyar la acción del Presidente de la República».

¿No podría verse en semejante «desprogramación» una prueba más de la despersonalización de las candidaturas a la sombra de una personalidad carismática? Desprogramación que lejos de ser un índice de debilidad asegura a la U. N. R. una cohesión mucho más fuerte, debido, como observa Max Weber, a «la satisfacción que experimenta el hombre trabajando con la entrega desinteresada de un creyente por el éxito de la causa de una personalidad y no por las mediocridades abstractas de un programa» (15).

Esta despersonalización parece responder bastante bien a la idea que los propios electores se hacían del papel de los diputados. El ascendiente personal del Jefe del Estado había debilitado la notoriedad del diputado dentro de su misma circunscripción. Varias encuestas del I. F. O. P. así lo atestiguan. En vísperas de las elecciones de 1962, más de un tercio de los electores ignoraba incluso el nombre del representante de su circunscripción elegido en 1958; solamente la mitad conocía su nombre y su filiación. La encuesta de 1962 revela que solamente una persona de cada diez continuaba creyendo en la capacidad de los parlamentarios para defender los intereses económicos y sociales, mientras que la mayoría refería sus esperanzas a los sindicatos (16).

Este sentimiento no implicaba necesariamente una aprobación del modesto papel dejado a los parlamentarios en la conducción de los asuntos públicos. Por el contrario, excepto los simpatizantes de la U. N. R., una mayoría de-

(15) *Sondages*, 1963, II; pág. 68.

(16) *Sondages*, 1963, III; págs. 75 y 76.

seaba que el Parlamento desempeñase un papel más importante (17). Sobre este punto concuerdan las opiniones de los electores y de los diputados de todos los partidos. Así el grupo más poderoso del Palais Bourbon es también el menos favorable a la omnipotencia del Parlamento frente al Gobierno. En Gran Bretaña semejante actitud no puede producir la menor sorpresa, ya que resulta de la disciplina de los partidos. En Francia refleja la impronta carismática de un hombre (18).

Diversas encuestas del I. F. O. P. revelan, cuando se analizan, el carácter monolítico, unidimensional de las actitudes favorables al gaullismo (19): el general De Gaulle polariza la confianza de una gran parte de los ciudadanos sin irradiarla, en cualquier caso, sobre su gobierno. Se ha subrayado frecuentemente, y así lo confirman los sondeos, la distancia que separa el prestigio personal del Jefe del Estado y el crédito de que goza su gobierno. Es asombroso el contraste entre las críticas formuladas respecto de la política gubernamental y la confianza inquebrantable que testimonia la mayoría de los franceses a la persona del general De Gaulle. Los ministros más importantes suscitan poco interés por parte del público. Ninguno de ellos goza de una gran popularidad. En cierto modo, no están presentes en la opinión (20). Incluso se muestra bastante indiferencia a la persona del primer ministro. Al salir M. Michel Debré, los dos tercios de las personas no manifestaron ni satisfacción ni descontento (21).

Un hombre, solamente uno, encarna el régimen. En torno a él, desde la cúspide a la base de la pirámide política, la despersonalización se acentúa. Tal es el efecto del poder carismático: que los candidatos U. N. R. se han borrado ante el jefe, ayer de la Resistencia, hoy del Estado.

(17) El poder carismático no es incompatible con «el sistema de partidos» a condición de que éstos estén bien organizados. Más de un ejemplo acude al recuerdo, especialmente el de GLADSTONE: «Desde 1876, la máquina estaba tan entregada ya, en sentido carismático, a GLADSTONE que cuando se planteó la cuestión del Home Rule, en todo el aparato, de arriba a abajo, nadie preguntó ¿estamos objetivamente en el mismo terreno que GLADSTONE?, sino que dió media vuelta, simplemente por la fe en la palabra de GLADSTONE, diciendo: le seguiremos en todo lo que haga.» Cfr. MAX WEBER: *Le savant et le politique*, pág. 161.

(18) *Sondages*, 1963, III; págs. 40 y sigs.

(19) *Sondages*, 1963, III; pág. 53.

(20) *Sondages*, 1963, III; pág. 48.

(21) Discursó en el Congreso Nacional del Movimiento de Republicanos Sociales, en noviembre 1955.

LOS RESISTENTES GAULLISTAS

«El hombre del 18 de junio, sin el cual la mayor parte de nosotros no nos hubiéramos comprometido en la acción política, Charles de Gaulle, a quien nos une el agradecimiento, el respeto y la fidelidad» (22).

J. CHABAN-DELMAS

Max Weber señala que el heroísmo del jefe militar es con frecuencia un factor determinante de la autoridad carismática. En efecto, la imagen del Primer Resistente es lo que evoca en primer lugar la mayoría de los franceses invitados por el I. F. O. P. en diciembre de 1962 a hacer un juicio global sobre la personalidad y la obra del general De Gaulle (23). Jefe prestigioso de la Resistencia, se coloca al frente del Estado arrastrando a muchos compañeros de armas. Así la U. N. R., como ayer el R. P. F., hunde sus raíces en la Resistencia. Este grupo parlamentario aparece veinte años después de la liberación como una resurrección de las células de la Francia libre. La U. N. R. ha elegido los hombres que debían representar a De Gaulle ante los electores principalmente entre los antiguos resistentes. Dejando aparte los diputados U. N. R. menores de veinte años en 1944, la mayor parte de los demás —130 de 180— se distinguieron en la Resistencia o en los diversos frentes durante la segunda guerra mundial. Entre ellos 17 compañeros de la Liberación y titulares de condecoraciones militares extranjeras (británicas, americanas, belgas, etc.).

Entre los resistentes, unos se unieron al general De Gaulle en Londres, ocupando funciones en su gabinete. Otros participaron en el gobierno provisional o en la Asamblea Consultiva de Argel. Otros combatieron en las Fuerzas Francesas Libres. Algunos, militares de carrera, se encontraban en 1940 en los territorios de la Francia de ultramar.

Las células clandestinas de la Francia ocupada han proporcionado también cuadros a la U. N. R. Algunos de ellos conocieron las prisiones de la Gestapo o los campos de concentración de Dachau, Sachsenhausen, Buchenwald, Bergen-

(22) Cfr. *Sondages*, 1963, III; pág. 35.

(23) El número de antiguos resistentes era también elevado entre los parlamentarios de las legislaturas precedentes. Ver sobre este punto nuestro estudio: «Cambio de régimen y cambio de personal», en *El referéndum de septiembre y las elecciones de noviembre de 1958*, cahier 109 de la Fondation National des Sciences Politiques.

Belsen, etc. Entre los diputados U. N. R. la proporción de deportados es, si se me permite decirlo, más bien débil en relación a los comunistas y socialistas, que se encontraban en su mayor parte en la Francia ocupada (24).

Aunque la Resistencia constituya el crisol principal en que se formó esta generación de diputados U. N. R., como hecho de armas casi no ha sido explotada en el terreno electoral. Raramente se encuentran referencias al pasado heroico. Hay que ser novelista para consagrarle, como M. Clostermann, el Guynemer de la segunda guerra mundial, las tres cuartas partes de su propaganda electoral.

La referencia a la Resistencia sirve sobre todo para probar una larga fidelidad al general De Gaulle: «Votad por un hombre que se unió al general De Gaulle desde el 19 de junio de 1940» (Dordoña). «Desde su llamamiento del 18 de junio de 1940, siempre he seguido a De Gaulle» (Aisne). «Apoyo al general De Gaulle desde 1940» (Aude). «Voluntario en las Fuerzas Francesas Libres del general De Gaulle, participé como oficial en todas las campañas de liberación del territorio, permaneciendo fiel desde hace veintidós años y no habiendo renegado nunca de mis vinculaciones» (Mosela). «Votar por E. es votar por De Gaulle, del que fué uno de los primeros compañeros, evadiéndose de la Francia ocupada para unirse a las F. F. L., con las que ejecutó 53 misiones de bombardeo» (Norte). «Al salir de la última guerra, que lo había visto alistarse a los dieciocho años y volver mutilado, su admiración por la acción clarividente llevada a cabo por el general De Gaulle le indujo a seguirle en su política» (Marne). «Conocéis mi pasado y mis vinculaciones personales con el primer resistente de Francia» (Gironda).

De este modo, a través del homenaje rendido al general De Gaulle, el candidato solicita los votos recurriendo no tanto a la evocación de la Resistencia como subrayar su fidelidad al general desde el primer momento. Al invocar el nombre de De Gaulle espera, no sin razón, y los acontecimientos así lo han confirmado, que la magia de aquel nombre le abra las puertas del Parlamento.

A pesar de sus diferencias el general De Gaulle y el general Eisenhower «se beneficiaron de un mismo proceso, viejo como el mundo: la popularidad que un pueblo reserva a sus generales victoriosos». Se ha «pasado, sin esfuerzo, por una serie de generalizaciones, de las virtudes militares a la virtud pura y simple»: en los dos países las gentes se vinculan mucho más a las cualidades

(24) PH. CONVERSE y G. DUPEUX: «Eisenhower et De Gaulle: Les généraux devant l'opinion», *Revue Française de Science Politique*, marzo 1962; págs. 54-62.

de los dos Jefes de Estado, a sus personalidades que a sus concepciones políticas» (25). Precisamente eso es lo que caracteriza la personalidad carismática.

LOS GAULLISTAS FIELES

«Reivindicamos para nosotros... ese hermoso título: el partido de la fidelidad; sí, nosotros somos el partido de la fidelidad, de la fidelidad al liberador.»

ROGER FREY (26)

Max Weber caracteriza la autoridad carismática «por la entrega completa personal de los individuos a la causa de un hombre y por su confianza en una sola persona singularizada por cualidades prodigiosas, por el heroísmo o por otras particularidades ejemplares que hacen al jefe» (27). Las *professions de foi* de los candidatos de la U. N. R. (la palabra *foi* tomada aquí en todo su sentido) responde bien a esta definición. Se encuentra entre ellas toda la gama de las proclamaciones de la fidelidad. La fidelidad al general De Gaulle es el denominador común de todas ellas: «Me conocéis gaullista de siempre...» (Charente Marítimo); «Solicito vuestros votos haciendo valer mi fidelidad total al general De Gaulle» (Bocas del Ródano); «Ayudar con vuestros votos a quienes nunca traicionaron a De Gaulle» (Marne); «Habiendo servido siempre a De Gaulle» (Morbihan).

Los buenos gaullistas son los que han sido siempre fieles. Se especifica que se es gaullista de la primera hora y no un oportunista: «Gaullista desde la llamada de 18 de junio de 1940, yo solicito vuestros votos» (Loira Atlántico); «Desde hace más de veinte años profeso por el general De Gaulle, que quiso honrarme con su amistad, sentimientos de respetuosa vinculación» (Sena y Oise); «No tengo ningún título que hacer valer que el de haber sido siempre fiel al general De Gaulle. Miembro del R. P. F., luego de la Federación Gaullista del Finisterre, por fin de la U. N. R., tengo el orgullo, que vale tanto como cualquier otro, de haber militado siempre desde hace más de quince años en el mismo sentido» (Finisterre).

(25) Discurso en el Congreso Nacional del Movimiento de los Republicanos Sociales, en noviembre 1955.

(26) MAX WEBER: *Le savant et le politique*, Plon, 1959; pág. 114.

(27) Declaraciones a la prensa en la presentación de su libro: *Et après?*, París, Plon, 1964. En la página 110 de este libro puede leerse: «Si las masas están en su mayoría en favor suyo (de De Gaulle), las élites, es decir, los elegidos, están contra él. Ni siquiera los alcaldes rurales le son favorables, en su mayoría.»

No ha sido del todo fácil permanecer fiel, sobre todo durante «la travesía del desierto». Y los candidatos que han permanecido leales se cuidan bien de recordarlo: «Fiel al general De Gaulle en los momentos más dramáticos..., es en los momentos más difíciles cuando la fidelidad es preciosa. Yo no he traicionado...» (Sena); «En 1947 se inscribió entre los primeros en el R. P. F. En los difíciles momentos, su fidelidad al general De Gaulle no quedó desmentida» (Loira).

De este modo no hay piedad para los oportunistas: «Como no juzgar severamente a los hombres que hace cuatro años se hicieron confiar un mandato deslizándose en la corriente nacional gaullista para volver inmediatamente a sus antiguos amores» (Gard); «Al presentarme ante vosotros en 1958, os decía hablando de los diversos candidatos que solicitaban vuestros votos: hoy gaullistas porque es la moda (no lo eran ayer), mañana tampoco lo serán, porque sólo la ambición personal guiará su línea de conducta. Los acontecimientos me dieron la razón» (Sena y Oise); «El diputado debe ser el portaestandarte de una política constructiva y no un camaleón egoísta como lo fué..., quien perteneció exclusivamente al R. P. F., al R. G. R. y hoy al Centro Nacional de los Independientes» (Sena); «Una mayoría de diputados elegidos bajo el signo del general De Gaulle se separaban a medida que el peligro se alejaba: pasada la tempestad se olvida el santo, dice el refrán» (Belfort); «Es necesario pues desconfiar de los fieles de coyuntura y de las adhesiones de circunstancias» (Ain); es necesario dar al general De Gaulle «un equipo con el que pueda contar, un equipo que no sabotee la nave» (Alto Garona).

Los partidos de la oposición insistieron en su campaña electoral sobre el peligro que representaría para la República la presencia en el Parlamento de una mayoría de «incondicionales». Su programa es ante todo un apoyo «sin desfallecimiento», «sin restricciones» al «liberador de la patria», «al salvador de la República». Algunos incluso no temen declararse «incondicionales»: «Fiel en todo momento e incondicionalmente a la política del general De Gaulle» (Nievre); «La gente se burla de los gaullistas incondicionales. Pero permitidme que os diga que yo soy uno de ellos y me siento orgulloso. La fidelidad en política es una virtud bastante rara» (Cher). Otros ridiculizan a sus adversarios con fórmulas como: «Los incondicionales de Moscú», «los incondicionales del antigauillismo y de la anti-Francia», o rebaten el sentido que dan a la palabra incondicional, «los hombres de los viejos partidos» (Costa del Oro).

La entrega implica desinterés: «Servir para ayudar a De Gaulle a levantar el país y no servirse de él» (Marne), y también gratitud: «El agradecimiento es la memoria del corazón» (Gironde); «No desautoricéis al hombre que salvó a Francia y que la mantiene en el camino de la grandeza y de la prosperidad» (Sena y Oise). A veces el tono no carece de amargura. Se deplora la

ingratitude de los que fueron a Colombey «como otros van a Canossa a pedir al general que los protegiese de las tropas de choque de la extrema derecha» (Allier).

Se subrayan el prestigio y las cualidades del Jefe del Estado: «Gracias a su autoridad indiscutible, indiscutida...» (Hérault); «Gracias a la acción inteligente y a la autoridad del general...» (Ille y Vilaine); «Gracias a él no se derrama ya la sangre de nuestros hijos» (Alto Marne); «El prestigio excepcional del Jefe del Estado en el mundo crea las condiciones indispensables para la realización de una Europa en que Francia desempeñará un papel preponderante» (Oise). Aparece como el único hombre capaz de dominar la prueba: «¿Quién, quién si no De Gaulle hubiera podido salvar la República cuando la cuestión de las barricadas en Argel, o en el momento del *putsch*?» (Sena y Oise); «Sólo De Gaulle podía asumir esa tarea, sólo De Gaulle podía llevarla a cabo» (Aube). Sólo él puede «conducir firmemente el timón de la nave» (Sena y Oise).

El hombre a quien se va a buscar cuando todo está perdido es el hombre providencial: «Sin pasión excesiva os hemos recomendado que confiéis una vez más en el hombre providencial» (Aisne), que «ha salvado tres veces a la República» (Sena). El conduce a su pueblo: «Habéis seguido el pensamiento del general De Gaulle» (Aube). Simboliza «la Francia que se adapta al ritmo del mundo moderno» (Mayenne). Encarna «en el respeto de la libertad el resurgimiento francés» (Sena). Personifica a la nación: «Ese nuevo rostro que adquiere Francia se lo da el general De Gaulle» (Marne). Será el constructor de la nueva Europa: «El genio de Charles de Gaulle sabrá moldearla» (Mosela).

Sus cualidades son casi sobrehumanas. Es el brujo que conjura el caos mágicamente: «Los partidos fueron a buscar al general De Gaulle para evitar la guerra civil; volvió y la detuvo con sus manos desnudas» (Bocas del Ródano).

Este mago resulta irremplazable: «No encontraremos cada cinco años a un De Gaulle para poner en orden los asuntos domésticos» (Finisterre). «No se puede abandonar a De Gaulle a mitad de camino» (Mancha). ¿Qué sucedería si se fuese, si abandonase el mando? Se volvería a incurrir «en las trágicas dificultades del pasado que nos condujeron al borde del abismo» (Sarthe), en «nuevas desgracias» (Gironde). «Sería el retroceso, la inestabilidad, las crisis interminables, en una palabra la vuelta a la anarquía» (Paso de Calais); «sería la aventura y su secuela de miserias» (Gironde), «el caos, la guerra civil y la dictadura» (Bocas del Ródano). Tampoco resulta extraño que sus partidarios recurran incluso al adversario para que lo protejan contra cualquier peligro:

«Por encima de los matices que puedan separarnos debemos impedir que nadie toque a De Gaulle» (Maine y Loira).

Sus oponentes tenían conciencia de este carácter sagrado que le reconocían sus fieles. Excepto un partido, pocos candidatos pensaron en criticar en sus proclamas electorales a la persona del general De Gaulle. Cualquiera que fuese la razón de ello, el hecho es que se observó este respeto. No era necesario «impedir que nadie tocara a De Gaulle». Una especie de tabú preservaba la personalidad carismática hasta en el campo enemigo; puede hallarse un testimonio de lo dicho en las declaraciones electorales de los jefes de fila, aunque en otros aspectos no les faltase mordiente.

M. Gaston Defferre ve en De Gaulle «un jefe de Estado de excepcional talla cuya extraordinaria altura domina a todos los hombres políticos franceses...» M. Guy Mollet subraya que «él estuvo con De Gaulle en todos los momentos graves en que la República se vió amenazada: de 1940 a 1944; en 1958, contra la guerra civil; en 1961, contra la tentativa de *putsch*...». M. Paul Reynaud recuerda que ninguno de los cuatro partidos republicanos «había pedido nunca la dimisión del general De Gaulle». M. René Pleven reconoce con toda objetividad «la contribución de la V República y del general De Gaulle...». Si M. Max Lejeune imputa al primer ministro Debré y a la U. N. R. haber «reducido considerablemente los derechos del Parlamento», deja intacto al Jefe del Estado. M. Maurice Schumann escuchó al general De Gaulle, Presidente de la República, llamarle, en su discurso de Armentières, «mi compañero y amigo». Por el contrario, M. Maurice Faure se significó por un profundo silencio acerca del hombre que estaba en la mente de todos, para referirse a los campesinos, a los viejos y a los jóvenes.

Ciertamente todos, como demócratas, se reservaban el derecho de oponerse al Jefe del Estado. De este derecho usaban con cuidado porque —preocupación electoral— sabían bien que una crítica personal les hubiera privado de muchos sufragios.

EL CARISMA ENTRE LA CLASE POLÍTICA Y SUFRAGIO UNIVERSAL

«Si el Jefe del Estado tiene tras de sí a la mayoría de la masa, no tiene a la de las élites.»

PAUL REYNAUD (28)

Los sistemas constitucionales, por el equilibrio que establecen entre las instituciones, tienden a satisfacer las necesidades de las comunidades políticas en los períodos normales. Pero en tiempo de desgracias, de peligro, las reglas y las rutinas de las instituciones oficiales pueden mostrarse inadecuadas o ineficaces. Hacen falta entonces hombres con valores excepcionales. La experiencia muestra que un jefe con vocación carismática no consigue imponerse más que en una situación crítica, en una coyuntura dramática.

Por dos veces el general De Gaulle ha cogido entre sus manos los destinos de Francia, impulsado en cada ocasión por una grave crisis nacional. Si en enero de 1946 abandonó el poder fué porque no podía, según se dijo, soportar «la indisciplina de los partidos» a pesar de haberse vuelto a condiciones relativamente normales tanto en el plano nacional como internacional; su fuerte personalidad le impedía compartir las más altas responsabilidades del Estado. Por su parte, las élites políticas, sobre todo los parlamentos, no querían bajo ningún concepto, fuera ya de peligro, conceder a un solo hombre poderes tan amplios. Diversas tesis apoyaban esta negativa. Además los diputados no querían aceptar una reducción de sus prerrogativas. Se acomodaban mal a una autoridad a sus ojos excesiva. Clemenceau había pasado por esta experiencia.

Fué necesaria la rebelión del 13 de mayo, en la que jefes militares se levantaron contra jefes políticos impotentes para hacerse obedecer, y que amenazase una guerra civil, para que, bajo los efectos de una psicosis colectiva, los representantes del pueblo estuviesen dispuestos a llamar de nuevo al poder a quien las circunstancias señalaban como providencial.

Una vez aplastada la rebelión, neutralizado el ejército, resuelto el conflicto argelino, nada tiene de extraño que algunos piensen en un nuevo equilibrio. Nadie habla expresamente, dicho sea de paso, de una vuelta al «viejo sistema». Eso es ya un éxito: la necesidad de un gobierno que gobierne se impone a todos, especialmente a los cuadros de los partidos, con una única excepción,

(28) En las elecciones cantonales de marzo de 1964 de un total de 1.562 consejeros generales elegidos, 123, o sea el 8 por 100, pertenecían a la U. N. R.

aun cuando se discuta todavía sobre la importancia de los diferentes engranajes constitucionales y su disposición.

El desacuerdo entre el general De Gaulle y la mayoría del personal político no estaba, pues, resuelto. ¿Hubiese sido adoptado el proyecto de reforma de la Constitución si en lugar de someterse a la aprobación de todos los ciudadanos se hubiera sometido a la de las élites y cuadros políticos (diputados, senadores, consejeros generales, alcaldes, consejeros municipales, etc.)? Es poco verosímil. La Asamblea Nacional había votado ya por 280 votos contra 200 la moción de censura presentada por los líderes de la oposición, uno de los cuales había concluido con este apóstrofe: «Señor primer ministro, vaya a decir al Eliseo que no estamos tan degenerados como para renegar de la República.» En el Senado, donde triunfaron los adversarios, el presidente Monnerville había dado el grito de alarma: «La Constitución ha sido violada, el pueblo burlado», y se le aclamó.

En cuanto a los consejeros generales, la mayoría eran antiguos de la IV República, fuertemente ligados a los partidos; y las elecciones cantonales parciales de 1962 atribuyeron la mayoría de los mandatos a los adversarios de la U. N. R. (que apenas consiguió el 16 por 100 de los votos) (29).

Los Consejos Municipales en las 456 ciudades de más de 9.000 habitantes, aunque renovados en marzo de 1959, se componían sobre todo de comunistas, socialistas, radicales y otros representantes de izquierda, sin contar a los republicanos populares y a los moderados antigaullistas. Incluso en las pequeñas aldeas la mayoría de los consejeros municipales estaban ligados a los «partidos de antaño».

Estos datos permiten imaginar en qué sentido hubiera votado el cuerpo de los 76.000 grandes electores presidenciales previsto por la Constitución de 1958.

Por otra parte, los orientadores de la opinión pública, grandes escritores o periodistas tomaron posición frente al proyecto gubernamental. La mayor parte de los diarios y semanarios, tanto en París como en provincias, sostuvieron la tesis de la oposición (y su influencia compensó, al menos en parte, la de la radio y la televisión). Por cada François Mauriac ¿cuántos Jules Romains se hicieron oír? ¿Qué decir de los universitarios? Su actitud fué más bien re-

(29) En el referéndum de 1962, según una encuesta del I. F. O. P., debieron ser más numerosos los electores de formación universitaria que votaron «no» (54 por 100) que los electores medianamente instruidos (36 por 100) y que los electores que no pasaron de la enseñanza primaria (32 por 100). Cfr. *Sondages*, 1963, II; pág. 93.

ticente. Si los jefes militares se rindieron, las élites intelectuales no se dejaron conducir sin reserva (30).

La masa se dejó. La influencia carismática sufrida por ella puede medirse de algún modo mediante la diferencia entre los resultados del referéndum y los de las elecciones legislativas. Esquemáticamente, y sin tener en cuenta las abstenciones, podrían distinguirse tres categorías de electores. La primera votó «no» al referéndum y en favor de los partidos de oposición. La segunda votó «sí» y se pronunció por los candidatos de la U. N. R. Es la tercera categoría la que nos interesa aquí. A pesar de sus simpatías por los partidos, no escapó a la influencia carismática y, tanto es así, que acabó alineándose tras el Jefe del Estado. Ciertamente los electores de derecha o de centro fueron más sensibles a ella que los de izquierda, y las electoras aún más. En conjunto, la audiencia personal del general De Gaulle se mostró dos veces superior a la de sus lugartenientes de la U. N. R. (31) que derivan su fuerza de la fuerza misma del general.

Los representantes del pueblo querían en su mayoría confinar al Presidente de la República en su papel de árbitro; el pueblo en su mayoría lo reconoció como guía. En 1877 la disolución del parlamento se volvió como un *boomerang* contra el mariscal Mac Mahon; en 1962 la moción de censura se volvió contra los oponentes. Tal es la diferencia entre una simple autoridad y un poder carismático.

La fuerza del jefe carismático se alimenta de la fe que los súbditos tienen en sus cualidades excepcionales. A él corresponde renovar el prodigio, como en otro tiempo el profeta multiplicaba los milagros para probar que era el enviado del cielo. Ahora bien, al triunfar de las sucesivas dificultades, al restablecer el orden como por encanto, aparece cada vez menos indispensable, y reemplazable, providencial. Pero la fidelidad y el agradecimiento pueden todavía asegurar su autoridad y su prestigio por mucho tiempo. Así el fenómeno del carisma obedece también a una ley dialéctica.

Impuesto por circunstancias extraordinarias, el jefe carismático, al cumplir su misión, prepara el retorno a una situación normal que no motive bajo ningún concepto la necesidad de recurrir a otra personalidad carismática. En un

(30) En los Estados Unidos, la diferencia entre los sufragios obtenidos por el general Eisenhower, en 1952, y los recogidos por los candidatos republicanos a la Cámara de los Representantes fué del 20 por 100. Ver WARREN E. MILLER: «Presidential Coattails: a study in Political Myth and Methodology», en *The Public Opinion Quarterly*, vol. 24, núm. 4, 1955-1956; págs. 353-368. Ver también el artículo de JAMES C. DAVIES: «Charisma in the 1952 campaign», en *American Political Science Review*, diciembre 1954; páginas 1083-1102.

régimen democrático el fenómeno del carisma no puede ser crónico. Tras haber personalizado el poder, el jefe lo institucionaliza. Forja una nueva doctrina, inspira un sistema de instituciones que perpetúa su nombre. Pero un verdadero jefe difícilmente podría tener un sucesor carismático inmediatamente, al menos en una democracia. Todo lo más, su heredero será una nueva clase política.

MATTEI DOGAN

R É S U M É

Aux élections législatives et au référendum de 1962 on a assisté à un phénomène charismatique dans le sens que donne Max Weber à ce mot. Le général De Gaulle fut, en effet, omniprésent, et la plupart de ses adversaires, hommes notoires, de la IV République, furent éliminés du Parlement. Dépersonnalisation des candidatures, sollicitation des suffrages au nom d'un sauveur et non pour un parti, contraste entre la confiance témoignée à la personne du général De Gaulle et l'indifférence à l'égard de ses ministres, image du chef prestigieux à la Résistance, fidélité à la cause d'un homme considéré comme providentiel, risque d'une guerre civile si cet homme abandonne le gouvernement, autant d'aspects de l'autorité charismatique, mis en évidence par une analyse de contenu de deux mille proclamations électorales rédigées par les candidats au Parlement, ainsi que par les résultats d'enquêtes d'opinion.

Imposé par des circonstances exceptionnelles, le chef charismatique, en accomplissant sa mission, en rétablissant l'ordre, devient de moins en moins indispensable, providentiel. Le successeur d'un chef charismatique ne saurait être, au mieux, qu'une nouvelle classe politique.

S U M M A R Y

The legislative elections and the 1962 Referendum puts us in the presence of a charismatic phenomenon in the sense Max Weber gives to this word. General De Gaulle was actually omnipresent and the majority of his opponents, notorious men in the LVth Republic were sent down from Parliament. No list of candidates, solicitation of suffrage in the name of a savior and not a party, contrast between confidence shown towards the person of General De Gaulle and indifference in respect to his ministers, image of the renowned Head of the Resistance, fidelity to the cause of a man considered

providential, risk of civil war if this man should leave the government, are a few other aspects of charismatic authority, proved by an analysis of the contents of two thousand electoral speeches written by candidates for Parliament and also by the results of public opinion enquiries.

Imposed by exceptional circumstances, the charismatic Head, on fulfilling his mission by re-establishing order, becomes less and less indispensable, providential.

The successor to a charismatic Head of State could not be at the utmost more than a new political class.